

ter, busca, en la razón y en el sentimiento, apoyo y fuerza para sus proyectos insurgentes.

Pero donde las dotes literarias de Cos encuentran terreno vasto y arraigo firme es en el periódico. Tras *El Ilustrador Nacional*, fraguado a las volandas, en el campo de batalla, y difícilmente distribuido, para hacer prosélitos de la causa, el doctor zacatecano, con el auxilio de una imprenta dramáticamente sustraída de la capital por el asombroso grupo secreto de «Los Guadalupe», fundó en Sultepec, en mayo de 1812, *El Ilustrador Americano*. En él prodiga la riqueza, no muy abundante, pero sí muy vibrante, de sus facultades de letrado. La forma de sus escritos sigue siendo aparatosa e hinchada. Mas ya la ampulosidad literaria no suena a hueco; ya es la expresión sincera de las agitaciones revolucionarias, de las inquietudes sociales, de la momentánea descomposición orgánica de un grupo humano que trata de reconstruirse y provoca tremendas crisis psicológicas, delirantes fiebres espirituales que se exteriorizan en fórmulas ostentosamente retóricas, pero que cuadran bien con las efervescencias de la realidad y de la vida.

Entre esas fórmulas, ningunas más útiles, tal vez, que las que usó el insigne don Andrés Quin-

tana Roo, figura prominente de la época, personaje de subido interés en el drama revolucionario, no sólo por el viril esfuerzo que desplegó para hacer triunfar el ideal de independencia, no sólo por la consagración íntegra de su alma y de su cuerpo a la lucha de la libertad, sino por su noble y admirable aventura amorosa con doña Leona Vicario, mujer digna de la apoteosis épica, quien, sobreponiéndose a las preocupaciones de su tiempo, a las imperfecciones de su educación y a las exigencias de su clase, a las debilidades de su sexo, levantó su corazón hasta las más elevadas cumbres de la bondad humana, y amó la libertad y soñó en la Patria, y alentó con su fe ciega y ardiente a los caudillos, sin que lograran arredrarla persecuciones, miserias y sufrimientos de todo linaje.

Don Andrés Quintana Roo, en unión de don Ramón López Rayón, más bravo éste en los azares de la guerra que en las lides de la pluma, colaboró con el doctor Cos en *El Ilustrador Americano*; fundó luego en el mismo campo insurgente el *Seminario Patriótico*; escribió proclamas, redactó manifiestos, pronunció discursos, y supo hallar en las fuentes de su saber el caudal vivo y claro de una avasalladora elocuencia. Este fué uno de los literatos revoluciona-

rios más bienfamosos en aquel período. Infatigable en el producir, rápido en el concebir, expresivo y vibrante en el decir, sus escritos impresionaban profundamente. Eran impetuosos sin ser desordenados, elegantes sin ser amanerados, sencillos sin ser vulgares. Se conocía en ellos que el autor había estudiado mucho la oratoria latina, y que en su oído había quedado, como, según la fábula, quedó el rumor del mar en el caracol, el eco majestuoso de las cláusulas de oro de las oraciones ciceronianas. Todos, o casi todos los períodos de estos escritos razonados y fogosos, tienen la severa armonía tribunicia; todas, o casi todas las ideas, se revisten con la amplia y noble toga de severos pliegues, siguen los lineamientos clásicos. Alguna vez, la sobriedad de sus discursos los hace aparecer como fragmentos de alegato.

No fué tampoco rehacio Quintana Roo al cultivo de la poesía. Desde sus mocedades seminaristas empleó sus ocios en ataviar sus pensamientos con las galas, sutiles y ricas, de la palabra cantada. Y su depurado gusto de latinista lo llevó, constantemente, como en prosa, a recurrir a los modelos eternos de la arquitectura literaria. Y si en sus discursos y proclamas sueñan las cláusulas de Cicerón, en sus versos se

perfilan las soberanas y lapidarias imágenes de Horacio.

Al cumplir los veinte años, ya su nombre de poeta recorría la capital y andaba de corrillo en corrillo. Una figura distinguida, un porte aristocrático, una fina elegancia, auxiliaban eficazmente a su talento. Procedía de una acomodada familia yucateca. En Mérida, en el Seminario Conciliar, había hecho los más importantes estudios de su carrera de abogado, que terminó en México, en cuya Real y Pontificia Universidad obtuvo su título de Bachiller en Artes y Cánones. En el Suplemento al *Diario de México* de 14 de enero de 1810, se publicó una oda en versos libres, dedicada *Al señor don Ciriaco González de Carvajal, en su partida a Sevilla como Consejero de Castilla e Indias.*

Tal composición poética está calzada, según el uso de entonces, por las iniciales A. Q. R. Aunque don Ramón Quintana del Azebo, además de los pseudónimos de que se valía para ocultarse, solía también jugar con las letras primeras de su nombre, la circunstancia de que por lo general no dejaba este literato de colocar antes de la *A* la partícula prepositiva *del*, y el hecho de que se trate en esa poesía de honrar a un caballero amigo muy estimado del señor doc-

tor don Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, bajo la dirección y protección del cual hacía Quintana Roo su pasantía de abogado, me inclinan a creer que es éste y no aquél, es decir, Roo y no del Azebo, el autor de los referidos versos. Y de no existir semejantes circunstancias, otra, de índole distinta, me habría confirmado en mi creencia: el estilo. La tendencia clásica, el pulimento elegante y a la vez sencillo, el giro castizo, acusan la filiación erudita del nuevo escritor. Hay en él un poeta menos espontáneo que ilustrado y exquisito. Y más que poeta, resulta a la postre Quintana Roo versificador de buen gusto. Es un hábil *marginalista*. Muestra de ello es la poesía a que hago referencia y que copio aquí, como una curiosidad literaria, y a la vez, como una prueba de que los hombres de aquella edad no eran ni podían ser rectilíneos en las manifestaciones de sus ideas y sentimientos, y de que, por el contrario, tuvieron más de una vez que esconder su anhelo de emancipación con el antifaz risueño e hipócrita de la cortesanía:

«Tened a bien, Señor, que yo afligido,
a la par que gozoso, lleno el pecho
de encontrados afectos, ora lllore,

ora, cantando vuestra ausencia, ría.
Miro surta en el puerto osada nave
librar inquieta las fugaces velas
a los vientos aligeros, y veo
el ancla que a levarse a vos espera.
¿Partís, Señor? ¿Las playas
dejáis del mexicano rico imperio,
de este suelo feliz, afortunado
del buen olor de vuestro nombre lleno?
Aquí do un tiempo anunciar os oímos,
ministro de la ley, los inefables
oráculos de Themis, a los hombres
acuitados deidad siempre propicia.
Aquí también donde la viuda triste,
el horfanico sin amparo, hallaron
lenitivo a sus males, convirtiendo
su faz llorosa a vuestro pecho blando,
de todos sois amado; la memoria
de vuestra íntegra fe, nunca manchada
con feos dones que inclinar procuran
de la justicia la balanza al lado
del opulento, en daño del que gime.
Esta memoria de virtudes, propias
de un ministro, un filósofo y un sabio,
grata corre y alegre entre nosotros,
como cuando en el valle el ruido se oye
y blando susurrar del arroyuelo,
cuya frescura al labrador produce
la mies deseada, a su fatiga premio.

¿Huís, Señor, de estas gentes?
¿Con paso presuroso
camináis de la mar a los peligros,
al furor de las olas inconstantes,
y a la furia de vientos enemigos?
¿Pues cómo no? Si el fuego
del santo patrio amor en vuestro seno
ardiendo activo vuestro pie dirige
y os conduce a pagar el justo feudo
a la patria debido? Ella reclama
al servicio que en vos hallar espera.
Confiada en la actitud que habéis mostrado
en mil altos destinos, ora os llama
el augusto consejo de dos mundos,
empleado en trastornar con sabia mente
las inicuas medidas del que trata
de aprisionar la patria en sus cadenas.
Id, Señor, id en paz; propicio el cielo
a mi ruego conceda favorable
navegación que para vos le pido;
que a su benigno imperio el raudo viento
enfrene su furor, y sólo sople
el que al deseado puerto os encamine.
Y tú, océano inmenso, que ahora llevas
ilustre carga, calma tus hinchadas
olas por do la nave transitare;
es también mi deseo que a la Iberia
libre encontréis, Señor; que ya no exista
en su dichoso suelo rastro o huella

de los pérfidos Galos destestables,
y que esté nuestro amable rey *Fernando*
a sus fieles vasallos gobernando.»

Por el tono y la fácil gallardía de estos versos, se infiere que el joven seminarista era un asiduo lector, a la vez que de los clásicos españoles, de los clásicos latinos. Véase todavía más palpable esta influencia en el siguiente soneto, publicado en junio de 1810 en el mismo *Diario de México*.

«Hija parlera del excelso Divo,
joven sonora que la noble gloria
del héroe estampas en la fiel historia,
su nombre conservando siempre vivo;
Tú, alma Clío, que de verde olivo
la sien ornada, y trompa meritoria
empuñas, para hacer a su memoria
el elogio más noble y expresivo:
Eterniza en tu libro duradero
los grandes hechos de quien ha sabido
modelo ser de jefe verdadero;
De *Pérez Valdelómar*, conocido
por general bizarro, cuyo esmero
a Yucatán en todo ha engrandecido.»

Quintana Roo escribió mucho, al decir de sus

contemporáneos. Buena parte de sus escritos se publicó anónima. Sin embargo, los artículos que de él se conocen y pueden identificarse por las iniciales consabidas, son relativamente escasos, lo cual no impidió que el insigne yucateco gozara de larga y nunca entibiada fama.

Y es que, principalmente por la palabra y por el ejemplo, constituyó, durante prolongados años, un superior modelo de virtudes cívicas. Y es, asimismo, que, llegado a la madurez, tras puesta ya la edad de la pujanza y del combate, alcanzada la libertad y creada la Patria, Quintana Roo difundió y propagó su saber y su patriotismo en las nuevas generaciones: se hizo un maestro.

Don Guillermo Prieto, en las ingenuas *Memo-
rias de mis tiempos*, cuenta, con delicioso candor, el episodio que transcribo:

«En una de las tardes (hacia 1836, probablemente) tristonas y lluviosas por cierto, llamó a la puerta de la Academia (*la de Letrán*) un viejecito, con su barragán encarnado, a cuadros, con su vestido negro, nuevo y correcto, y su corbata blanca, mal anudada, y un sombrero maltratado con la falda levantada por detrás. Era penoso el andar del anciano; su cuerpo notablemente in-

clinado. Tez morena; ojos negros muy expresivos y brillantes, y una frente verdaderamente olímpica y llena de majestad.

»El viejecito tocó la puerta, y sin más espera se entró de rondón en el cuarto, y se sentó con el mayor desenfado entre nosotros, diciendo:

«—Vengo a ver qué hacen mis muchachos.

»La Academia se puso en pie y prorrumpió en estrepitosos aplausos, que conmovieron visiblemente al anciano. El nombre de Quintana Roo, que tal era nuestro visitante, fué pronunciado por todos los labios, y por aclamación irresistible fué elegido nuestro presidente perpetuo.

»El júbilo por este nombramiento fué tan ardiente como sincero. Nos parecía la visita cariñosa de la Patria.»

Con elementos literarios tan valiosos como el licenciado Quintana Roo y el doctor Cos, que escribían en el campamento insurgente, aprovechando los instantes que los azares de la guerra les dejaban libres, en medio de la agitación y del sobresalto, entre el tumulto y las aventuras de la contienda, a la llama humosa de las fogatas del vivac, la revolución hacía su camino en las conciencias y tenía una voz elocuente y alta que,

a pesar de las prohibiciones, de las excomuniones, de los castigos, de las amenazas de muerte, de la feroz crueldad realista, resonaba clara y rotundamente en los espíritus, despertando anhelos de justicia y de libertad. Los papeles insurgentes se mandaban romper y quemar: la mano del verdugo era la encargada de cumplir la orden virreinal en las plazas públicas de la capital y de las provincias. Todo inútil: en fragmentos, en cenizas, en polvo, se difundía y volaba por los ámbitos del país el alma de la Patria.



Entretanto, en la capital de la Colonia se vivía en una inquietud silenciosa, pero expectante. Al parecer, la tranquilidad reinaba, como antaño, en la vida neo-española. La *Gazeta* publicaba, de cuando en cuando, los partes militares de los jefes realistas, anunciando las constantes derrotas de las desordenadas fuerzas insurgentes. El *Diario de México*, con veladas alusiones, con suaves eufemismos, apenas si, también de tiempo en tiempo, dejaba entrever la situación real del Virreinato. La agitación no salía a la superficie; se quedaba revolviendo y enturbiando el fondo. Los folletos contra los insurgentes se repartían

en profusión inusitada. El Gobierno, para hacerse perdonar la sangre inocente y la culpada, vertidas sin tasa, las violentas y enérgicas disposiciones, las medidas crueles, los bandos de terror, anunciaba una política de dulce y afectuosa conciliación, de tardía confraternidad, de equidad e igualdad, de acariciadora esperanza en un porvenir cercano de paz y de justicia.

Pero en las valijas de correos de las diligencias que recorrían las provincias, venían las noticias alarmantes, las cartas confidenciales, las narraciones de los incidentes revolucionarios, las descripciones de las ciegas y cruentas venganzas de las turbas, los asesinatos, las depredaciones, los crímenes, los asaltos de unos; las poblaciones diezmadas, las mujeres ejecutadas impiamente, la furia loca, los excesos de opresión y de represión de los otros; y por todas partes las matanzas, los desenfrenos, el delirio, la visión roja de un pueblo que pasa, iracundo, famélico de pan y de derecho, agitando las teas del incendio y las banderas de la muerte.

Nada públicamente escrito; todo comunicado en secreto, a la sordina, en voz muy baja, en cuahicheos de tertulia, en rumores de sacristía, en acercamientos femeninos de basquiña a basquiña, en rápidos vocablos y en claves convencionales,

bajo los embozos de las capas. La Censura vigilaba; atisbaba la Inquisición; la traición, arteramente, huroneaba.

El nombre del general Calleja sonaba muy alto, nota aguda de una presuntuosa y falsa epopeya, en tanto que, casi en silencio, se pronunciaban, con veneración, con religiosidad, los nombres de los héroes que habían sucumbido ya, cubiertos de ignominia y de vergüenza, pero firmes en su apostólica fe de mártires, y se repetía, con asombro y entusiasmo, el nombre de otro cura, de don José María Morelos y Pavón, quien acababa de realizar la prodigiosa hazaña del Sitio de Cuautla.

De repente, un grito de júbilo, un grito sonoro y vibrante, salió, como un contenido desahogo, de algunos viriles y fuertes pechos: era que la Constitución de Cádiz les otorgaba el derecho supremo de la palabra libre. La Constitución fué jurada el día 30 de septiembre de 1812. El bando sobre la libertad de imprenta se promulgó el 5 de octubre siguiente.

El *Diario de México* del día 7 del mismo mes, es decir, dos días después de aquel en que el bando recorrió las calles de México, trae esta efusiva expansión del editor don José Ruiz Costa:

«Amados compatriotas: Ahora sí que el Soberano rompió las negras cadenas del despotismo y arbitrariedad, y dejó la América de ser el juguete de los tiranuelos. Contemos desempuñado el cetro de hierro, y puesta la barrera incontrastable a los esfuerzos de las pasiones, y al espíritu desolador de ambición y tiranía; pues la libertad de la Prensa, base titular de la libertad política y civil, llegó a tomar asiento entre nosotros, a pesar del terror pánico que tiene trémulos a todos los monstruos que han merecido el nombre abominable de enemigos de la humanidad. Sean nuestras plumas las terribles clavos que labren la ruina de semejantes hidras; velemos sobre la favorecedora Constitución que hemos jurado, presentando a la faz de las naciones o al filo de la espada, al sacrilego que infrinja sus leyes con el objeto solapado de entregarnos lentamente a la anarquía más horrorosa, y labraremos así la base de nuestra futura felicidad; nuestras plumas serán aquellos célebres censores que dejaron tan ilustres memorias entre los romanos. ¡Americanos! Llegó el deseado momento de hacer ver al mundo vuestros agravios, quejas y distinguidos talentos, y que si el *Telégrafo Americano*, *Diario de México*, y otros papeles que he tenido el honor de presentar al público (que

tanto me ha favorecido), se llenaron con asuntos frívolos, disputas pueriles y discursos formados en provincias de felicidad más temprana, reimpresos a beneplácito del Gobierno, que nos quitaba el lugar o gusto para vaciar nuestros pensamientos, fué porque carecíamos las más de las veces de objetos en que fijar nuestros discernimientos, particularmente en gobernantes, a quienes la fuerza nos hacía mirar como a cosas endiosadas.

»En ninguna parte de la Monarquía española se presentan más objetos para los escritores, como en este ensangrentado y desgraciado reino.

»La Naturaleza, ese reloj animado por la Sapiduría eterna, nos presenta interesantes cenizas, y su sonido triste, capaz de enternecer cualquier corazón sensible, hace tiempo que hiera los oídos, como pudieron herir los agonizantes quejidos de medio millón de inocentes seducidos al exhalar su último aliento, por las heridas profundas que hicieron hijos en padres y padres en hijos; su penetrante eco parece que hace escuchar: *¡Considerad la causa de vuestros males espantosos! ¡En qué vendréis a parar! ¡Cómo se detendrán arroyos de sangre!*

»Ojalá que así como he merecido el favor de S. M. por haber derramado casi toda la sangre

que circuló en mis venas, y los intereses de mi familia, en obsequio de la Patria, queriendo imitar a mi amado padre, mereciera también el de todos mis conciudadanos, y fuera capaz de ayudarles a labrar su felicidad futura en los pequeños ratos que me lo permita mi trabajosa ocupación, en medio de mis pocos años y mis débiles conocimientos.»

El joven que así se expresaba con tan macarrónica literatura y con la apariencia de defender la causa española, sufría uno de los primeros atentados del Gobierno contra la famosa libertad de imprimir. El papel de que Ruiz Costa era editor, el tantas veces mencionado *Diario de México*, trae en su número 2.575, del tomo XVII, correspondiente al lunes 19 de octubre de 1812, la relación que transcribo, suscrita por el mismo Ruiz Costa:

«He recibido un discurso relativo al señor comandante del primer batallón Americano, y es necesario, para que se publique, que su desconocido autor dé una responsabilidad de su papel, porque yo no soy responsable de opiniones ajenas.

»El día 17, al medio día, me sorprendieron en